

–Mi amor, trae la frazada –dijo mamá, despertándome después de unos minutos–. ¿No sientes frío?

–¡Sí! –contesté advirtiéndole que la temperatura había descendido drásticamente.

–Gracias, cariño. Abrígate o te vas a enfermar. Ya sabes qué difícil es conseguir medicina por aquí.

Me cobijé con el edredón y también lo hizo mamá, pero era tan pequeño que tuvimos que acortar la distancia entre ambos para que pueda cubrirnos a los dos. Al final, nos metimos en la frazada de espaldas.

Poco a poco, empecé a sentir el calor de su cuerpo estremeciendo sórdidamente mi piel. La inexorable sensación de los pocos centímetros que nos separaban se convertía, lentamente, en una angustia mórbida. Las orillas de su vestido de tafeta comenzaron a acariciar, en el ajetreo de su sueño, mis pantorrillas y, pronto, sus piernas, a rozar las mías. Una de sus manos, golpeó, por accidente, mi espalda cuando se volteaba para dormir del otro lado, y su aliento, caliente, arremetió de lleno en mis oídos. Uno de sus pechos tocó suavemente mi codo y....